

ANTIGUAS VERSIONES BÍBLICAS Y TRADUCCIÓN

JESÚS CANTERA ORTIZ DE URBINA

Universidad Complutense de Madrid

De la Biblia se han hecho y se siguen haciendo numerosas traducciones a todos los idiomas. En este breve artículo vamos a tratar de las antiguas versiones bíblicas al griego y al latín, con alguna alusión al arameo y al siríaco. Hebreo y griego bíblicos como lenguas de origen. Griego y latín, asimismo bíblicos, como lengua a las que se traduce

I. HEBREO, GRIEGO Y LATÍN EN LA PALESTINA DE TIEMPOS DE JESUCRISTO

En el relato de la pasión y muerte de Nuestro Señor los cuatro evangelistas coinciden en decir que en lo alto de la cruz, por encima de la cabeza, estaba escrita la causa de su crucifixión: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos»,¹ el INRI de nuestros crucifijos. San Lucas y San Juan recogen, además, otro detalle de especial significado desde el punto de vista lingüístico. Hablando de esta inscripción, dice San Lucas (23, 38) que estaba sobre él una inscripción «escrita en letras griegas, latinas y hebreas».² Y San Juan (19, 19-20), más preciso aún en este punto, nos dice: «Escribió también un título Pilatos y lo puso sobre la cruz. Y estaba escrito: «Jesús Nazareno, el rey de los judíos. Este título lo leyeron muchos de los judíos, pues estaba cerca de la ciudad donde fue crucificado Jesús; y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego».³ Interesa a San Juan señalar que

fue Pilatos el autor de esa inscripción y que estaba escrita en hebreo, griego y latín para dejar luego constancia (19, 21) de la reclamación de los sumos sacerdotes y de su petición de que se cambiara tal inscripción, diciendo a Pilatos: «no escribas “el rey de los judíos”, sino que dijo “Yo soy el rey de los judíos”».⁴ A lo que Pilatos respondió el famoso «lo que he escrito, escrito está» (19, 22).⁵

A nosotros nos interesa ahora señalar ese «en hebreo, en griego y en latín» de San Juan y el «en letras griegas, latinas y hebreas» de San Lucas.¹

En la Palestina bajo dominio romano de la época de Nuestro Señor convivían, en efecto, tres culturas con sus respectivas lenguas: el latín, el griego y el hebreo, amén del arameo y otras lenguas y dialectos menos importantes.

Particular interés para el tema que ahora nos ocupa tiene también, a nuestro modo de ver, la interpretación que dieron algunos de los presentes en el Calvario (probablemente soldados romanos) a las palabras «*Eli, Eli, lamma sabacthani*»,⁶ es decir «Dios mío,

legerunt, quia prope civitatem erat locus, ubi crucifixus est Iesus. Et erat scriptum hebraice, graece et latine (San Juan, 19, 19-20).

⁴ *Dicebant ergo Pilato pontifices Iudaeorum: «Noli scribere “rex Iudaeorum”, sed quia ipse dixit: “Rex sum Iudaeorum”»* (San Juan 19, 21).

⁵ *Respondit Pilatus: «Quod scripsi, scripsi»* (San Juan 19, 22).

⁶ A pesar de su interés para la traducción, prescindimos ahora de precisiones acerca de la vinculación al hebreo, arameo o siríaco de estas palabras, que encontramos en los evangelios de San Mateo y San Marcos. *Et circa horam nonam clamavit Iesus voce magna dicens: «Eli, Eli, lamma sabacthani?»* Hoc est: «Deus meus, Deus meus, ut qui dereliquisti me?» (San Mateo 27, 46). *Et hora nona exclamavit Iesus voce magna dicens: «Eloi, Eloi, lamma sabacthani?»* Quod est interpretatum: «Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?» (San Marcos 15, 34).

¹ *Iesus Nazarenus, rex Iudaeorum* (San Juan 19, 19). *Hic est Iesus rex Iudaeorum* (San Mateo 27, 37). *Rex Iudaeorum* (San Marcos 15, 26). *Hic est rex Iudaeorum* (San Lucas 23, 38).

² *Erat autem et superscriptio scripta, super eum litteris graecis, et latinis, et hebraicis* (San Lucas 23, 38).

³ *Scriptis autem et titulum Pilatus. Et posuit super crucem. Erat autem scriptum: «Iesus Nazarenus, rex Iudaeorum».* Hunc ergo titulum multi Iudaeorum

Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» que, evocando el versículo 2 del salmo 21/22, exclamó Nuestro Señor en la cruz momentos antes de expirar. Las recogen los evangelistas San Mateo (27, 46 y ss.) y San Marcos (15, 34 y ss.), añadiendo que, al oírlas, algunos de los allí presentes pensaron que invocaba a Elías.⁷ Y hasta se mofaban algunos diciendo «a ver si viene en su ayuda este profeta».⁸

II. PRIMERAS VERSIONES DE LA BIBLIA

A medida que las lenguas originales de la Biblia fueron dejando de ser no ya familiares sino ni siquiera asequibles para grandes núcleos así de fieles viejos en la fe como de prosélitos recién incorporados, fue surgiendo la necesidad de recurrir a versiones de la Sagrada Escritura, al principio de forma oral y más adelante también escritas.

Muy pronto surgieron en la sinagoga las versiones orales del Antiguo Testamento al arameo, versiones que más adelante fueron confirmadas por escrito, y que hoy conocemos con el nombre de *targum* en singular o de *targumim* en plural. Estas versiones arameas –como ya queda señalado al decir que nacieron en la sinagoga– estaban destinadas a fieles judíos de ambientes o círculos judeo-arameos.

Para los fieles cristianos de la región aramea oriental al norte de Mesopotamia, en cambio, se realizaron versiones en siríaco,

⁷ Confusión entre *Eli* o *Eloi* (Dios mío) y *Eliyahu* (Elías). ¿Cómo fueron pronunciadas? ¿Por quiénes o por quién fueron escuchadas? ¿Soldados romanos? ¿Judíos por allí presentes? Lo cierto es que no entendieron estas palabras ni las pusieron en relación con el versículo 2 del salmo 21/22. Recuérdense las pasajes correspondientes en San Mateo y San Marcos. *Quidam autem illic stantes, et audientes, dicebant: «Eliam vocat iste»* (San Mateo 27, 47). *Et quidam de circumstantibus audientes, dicebant: «Ecce Eliam vocat»* (San Marcos 15, 35).

⁸ *Caeteri vero dicebant: «Sine, videamus an veniat Elias liberans eum»* (San Mateo 27, 49). *Currens autem unus, et implens spongiam aceto, circumponensque calamo, potum dabat ei, dicens: «Sinite, videamus si veniet Elias ad deponendum eum»* (San Marcos 15, 36).

entre las que destaca por su importancia y trascendencia, la *Peshitta*. Ajenos al hebreo y al griego estos cristianos, necesitaban llegar a los textos sagrados mediante una versión en la lengua que les era familiar: el siríaco.

III. LAS PRIMERAS VERSIONES GRIEGAS DE LA BIBLIA

Necesidad

En los siglos inmediatamente anteriores a la era cristiana el helenismo ya se había difundido y logrado imponer no sólo en el Oriente europeo sino también en numerosas regiones del Próximo Oriente y de manera especial en buena parte de Egipto. De esta manera, el griego se convierte en la lengua normal y corriente de muchas comunidades judías. Y surge así para estas comunidades la necesidad de versiones del Antiguo Testamento al griego, ya sea en forma oral, ya sea en forma escrita. Siglos después, también los cristianos del mundo helenístico necesitan, además de sus textos del Nuevo Testamento redactados en su mayor parte en griego, una versión griega para los textos hebreos del Antiguo,⁹ adoptando por lo general la de los Setenta.

Septuaginta

Es decir *interpretatio septuaginta virorum*. También conocida por «versión alejandrina».

Pasaremos naturalmente por alto el origen más o menos real de su nombre de «versión de los Setenta». Y prescindiremos también de la famosa epístola de Aristeas (funcionario de Ptolomeo II Filadelfo) según la cual fue realizada por 72 judíos (seis por cada tribu) en 72 días. Pero sí haremos constar su notable antigüedad, ya que hacia el año 150 a. de C. estaba ya acabada. Y también dejaremos constancia de que fue hecha por judíos y para judíos. Y que gozó

⁹ E incluso para los arameos, como el Evangelio de San Mateo. Originalmente habrían sido redactados en griego también algunos libros del Antiguo Testamento.

de muy alta estima en el judaísmo de la época precristiana y fue usada como Biblia oficial del judaísmo helenístico.

Pero, al surgir más tarde la polémica judeo-cristiana, la suerte de esta versión de Septuaginta cambió por completo. Los puntos fundamentales de la polémica entre cristianos y judíos eran naturalmente los de teología mesiánica: discernir si Cristo Jesús era el Mesías profetizado en las Escrituras o no lo era. Para los cristianos, en Jesús de Nazaret se habían realizado las profecías del Antiguo Testamento, cosa que para los judíos era de vital importancia refutar.

Y así frente al ἰδοὺ ἡ παρθένος ἐν γαστρὶ λήψεται καὶ τέξεται υἱὸν (he aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo)¹⁰ de Isaías 7, 14, reaccionaron los judíos rechazando la traducción del hebreo *almá* por παρθένος (interpretado como «virgen») y sustituyéndola por νεάνις (muchacha, jovencita).¹¹ A lo que socarronamente respondían los cristianos diciendo que explicasen dónde estaba entonces el prodigio anunciado en el mismo versículo 7 del capítulo 14 del libro de Isaías:¹² y qué maravilla veían en el hecho de que una muchacha o jovencita (νεάνις) concibiera y pariese un hijo, cuando todos los días un gran número de muchachas conciben y paren hijos.

Al citar asimismo los cristianos los versículos 17-18 del salmo 21 (es decir: «han taladrado mis manos y mis pies y se pueden contar todos mis huesos»),¹³ no quedaba a los judíos sino admitir la realización en Cristo Jesús de esta profecía davídica o negar la exactitud del versículo tal como aparecía en Septuaginta. Y así, frente a *caru* o *caaru* (ἄρουξαν en Septuaginta, *foderunt* en la Vulgata, es decir «han taladrado» o «taladraron») sostuvieron que debía leerse *caari* («como león»), o también *caré*, ὡς ζήτουντες δῆσαι que traduce Símacc.

¹⁰ *Ecce virgo concipiet et pariet filium* (Isaías 7, 14).

¹¹ *Ecce iuvenula*.

¹² *Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum* (Isaías 7, 14).

¹³ *Foderunt manus meas et pedes meos, dinumeraverunt ossa mea* (Salmos 21, 17-18).

En Salmos 95/96, 10 en Septuaginta (o al menos en algunos de sus manuscritos) aparecía, tras el ὁ κύριος ἐβασίλευσεν (el Señor reinó) la apostilla ἀπὸ ξύλον (bajo el madero; es decir, desde el madero de la cruz).

Versiones de Aquila, Símaco y Teodoción

Estos casos se iban multiplicando de tal manera que muy pronto decidieron algunas comunidades judías abandonar Septuaginta y reemplazarla por otras nuevas versiones griegas en que se evitarían expresamente todos estos escollos. Y así surgieron en el siglo II de la era cristiana las versiones griegas de Aquila, Teodoción y Símaco, cuyas características esenciales recordaremos muy brevemente.

Aquila, convertido del paganismo al cristianismo y ganado luego al judaísmo por el rabí Aquiba, de quien fue discípulo, realizó una versión en exceso servil del hebreo en un griego harto apartado de la corrección gramatical.

Teodoción, ganado asimismo al judaísmo, más que una auténtica traducción, realizó una especie de revisión de Septuaginta a base del hebreo, revisión que llegó a gozar de gran prestigio así en círculos judíos como también en cristianos hasta el punto de haber sido la base de una versión cristiana latina muy famosa del libro de Daniel.

Símaco, por su parte, realizó una traducción que se distinguió por su mayor libertad.

IV. ANTIGUAS VERSIONES LATINAS DE LA BIBLIA

Nacen las primeras versiones latinas de la Biblia

Reducido el conocimiento del griego en el Imperio Romano a privilegio de letrados y hablado tan sólo por los comerciantes de sus ciudades marítimas, el pueblo no conocía sino el latín y las lenguas del lugar. Este desconocimiento del griego en el Imperio Romano hizo que se dejase muy pronto

sentir la necesidad de una versión de la Sagrada Escritura en latín, versión que se haría tanto más necesaria cuanto mayor era el desenvolvimiento del proselitismo y del culto cristianos.

Se trata de traducciones por lo general sencillas, sin pretensiones literarias. No responden ni mucho menos a una técnica de traducción, sino al solo deseo y voluntad de ofrecer el texto sagrado en forma asequible. De ahí su lengua sencilla, aunque generalmente correcta. Y también, entre otras características, sus numerosos hebraismos y también sus helenismos.

Cabe pensar que las primeras versiones latinas de la Biblia tuvieran su origen en una versión oral que acompañaba la lectura del texto griego en los oficios del culto así judío como cristiano. Son varios, en efecto, los testimonios que confirman la existencia de una costumbre parecida entre los cristianos de Oriente, sobre todo en Palestina, en la época de Diocleciano y en el siglo V.

Según San Agustín, cualquier mediano conocedor del griego y del latín que en los primeros tiempos del cristianismo disponía de un códice emprendía enseguida la tarea de traducirlo al latín.

Vetus latina y Septuaginta

Las versiones latinas prejeronimianas –conocidas generalmente por *Vetus Latina*– responden, en general, al texto griego de Septuaginta, aunque en algunos casos sea otro el texto sobre el que se hizo la traducción.

Estas versiones surgen muy pronto en la Iglesia latina, siendo varios los testimonios que nos confirman su existencia en el siglo II.

Conviene señalar que en ningún momento llegan estas versiones a constituir un texto oficial de la Iglesia, sino sólo en cuanto representan Septuaginta, de la que se suponen versión fiel y exacta. Muy a las claras nos lo revelan las palabras de San Agustín a San Jerónimo al significarle sus razones para no aceptar su nueva versión latina, la Vulgata, a base del hebreo, y aferrarse, en cambio,

a las antiguas, a base de Septuaginta, como podemos leer en su Epístola LXXXII.¹⁴

Está fuera de duda que no existió antes de la Vulgata un texto oficial de la Biblia latina aceptado por todas las Iglesias. Podía preferirse tal o cual versión, este texto o aquel otro, una u otra lección. Pero, en caso de discusión acerca del sentido de un pasaje, el texto oficial a que se recurría y el que resolvía la cuestión, era el griego de los Setenta. El texto bíblico oficial de la Iglesia latina durante los primeros siglos del cristianismo era, en efecto, el griego de Septuaginta, que no es sustituido sino por la Vulgata al lograr ésta imponerse definitivamente después de dura y tenaz resistencia.

Ya hemos dejado constancia de que las versiones latinas prejeronimianas responden, en general, al griego de Septuaginta, aunque –justo es reconocerlo– con algunas excepciones.

Como fruto de las muchas horas consagradas al estudio sobre textos de estas antiguas versiones latinas antiguotestamentarias anteriores a la Vulgata de San Jerónimo contrastándolas con el texto hebreo masorético, con el targum arameo y con la versión siríaca conocida por *Peshitta*, así como naturalmente con el texto griego de Septuaginta y otras versiones griegas, llegamos a la conclusión de que la *Vetus Latina* responde a un texto prehexaplar de Septuaginta, tesis de la que fuimos dando cuenta y tratamos de demostrar en diferentes estudios publicados en su mayoría en la revista *Sefarad* del CSIC entre los años 1955 y 1965.¹⁵

¹⁴ N° 35. Véase Migne: «Patrología Latina», XXXIII, p. 291.

¹⁵ «En torno a la *Vetus Latina* Hispana», en *Sefarad*, XV, 1955, pp. 171-179. «Origen, familias y fuentes de la *Vetus Latina*», en *Sefarad*, XXII, 1962, pp. 296-311. «La *Vetus Latina* y el texto masorético», en *Sefarad*, XXIII, 1963, pp. 255-264. «Puntos de contacto de la *Vetus Latina* con la recensión de Luciano y con otras recensiones griegas», en *Sefarad*, XXV, 1965, pp. 69-72. «Puntos de contacto de la *Vetus* con el Targum arameo y con la *Pesitta*. Hipótesis de un origen targúmico de la *Vetus Latina*», en *Sefarad*, XXV, 1965, pp. 219-236.

Unidad o pluralidad de la Vetus Latina

Un problema de notable interés desde el punto de vista de la historia de la traducción es el de la unidad o pluralidad de la Vetus Latina. Sin entrar ahora en pormenores ni detenernos en consideraciones de crítica textual, creemos, sin embargo, no sólo poder afirmar, sin grave riesgo de error, la pluralidad de estas versiones latinas prejeronimianas, sino que incluso nos atrevemos a señalar que se pueden formar tres grupos de familias de las diferentes versiones que constituyen la Vetus Latina:

- el grupo africano;
- la «Itala» o «Noritaliana»; y
- el grupo europeo, excluida la «Itala».

No nos vamos a detener en señalar las características propias de cada grupo. Y tampoco insistiremos en las subdivisiones que a cada grupo puedan corresponder. Pero, para hacer resaltar el desarrollo y la importancia de las traducciones bíblicas latinas en la antigüedad, tampoco dejaremos de consignar que en el grupo africano es fácil reconocer hasta tres o cuatro familias diferentes:

- la antigua africana o pretertuliana;
- una segunda familia representada principalmente por Tertuliano y San Cipriano;
- una tercera representada por San Agustín; y
- la bajo-africana.

Y añadiremos que el grupo europeo, excluida la «Itala», reúne tres familias bien definidas:

- la romana;
- la galicana;
- la hispana.

A las que muy probablemente se podría añadir alguna otra, como sospechamos de la irlandesa.

Esta pluralidad de versiones y la excesiva libertad de adaptación e interpretación llegó a preocupar seriamente a los obispos de los países latinos, que veían sus libros sagrados cada vez más desfigurados. Ello hizo surgir en el siglo IV toda una serie de ensayos de revisión de estos textos y movió al gran Papa

español San Dámaso a instar a San Jerónimo que emprendiera la revisión de toda la Biblia latina. Labor que comenzó hacia el año 382, a pesar de las muchas dificultades que suponía. Pero el problema no estaba solamente en los textos latinos, sino también en los griegos de Septuaginta, cuyos manuscritos diferían –según el propio San Jerónimo– de un país a otro.

Desde el punto de vista de la traducción, que es el tema que aquí nos interesa, esta diversidad de versiones así latinas como griegas nos debe poner en guardia y ser un acicate para procurar en nuestras traducciones con implicaciones doctrinales, ideológicas o científicas una fidelidad absoluta al texto original. Y para que la lección que de aquí podemos sacar sea realmente práctica y provechosa es conveniente que nos preguntemos de dónde podría proceder esa diversidad de interpretaciones. Y la respuesta, aparentemente al menos, no es en principio demasiado difícil: o bien por no haber captado perfectamente el sentido del texto original, o por no haber acertado a expresarlo fielmente en su versión. Pero añadamos que con frecuencia se trataba de una versión o de una adaptación sobre otra versión o sobre otra adaptación, y no sobre el texto original primitivo; y que éste no siempre era transmitido por escrito, sino muchas veces de manera oral. Por otra parte, no siempre se buscaba una traducción precisa y exacta, sino más bien aproximada, buscándose más el espíritu que la letra, adaptándolo en ocasiones a la ideología y tendencias de la propia escuela. De ahí, nuestra lección práctica: para ser un buen traductor se requiere conocer muy bien las dos lenguas (la lengua de la que se traduce y la lengua a la que se traduce) y también la materia, con unas dotes de artista y, sobre todo, con unas condiciones de gran honradez para no desvirtuar y menos aún tergiversar el espíritu del texto.

La Vulgata

Esa diversidad de versiones así latinas como griegas y otras varias razones que sería prolijo referir movieron más adelante a

San Jerónimo a decidirse por una nueva y trascendental empresa: en lugar de contentarse con una revisión, aunque profunda, de toda la Biblia latina, emprende la ardua tarea de una versión al latín de los libros protocanónicos del Antiguo Testamento a base no ya de Septuaginta, sino directamente del texto hebreo, traducción que tiene un valor francamente excepcional, entre otras razones por ser una versión del texto hebreo premasorético hecha en su edad madura por un hombre dotado –como insistiremos más adelante– de condiciones excepcionales para llevar a cabo esa empresa.

En cuanto a los libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento procede recordar que San Jerónimo se limitó a retocar, con mayor o menor detenimiento, las versiones antiguas.

Desde el punto de vista de la traducción merece la pena recordar la hostilidad con que fue recibida esta nueva versión. El apego a Septuaginta, consagrada por una larga tradición en la Iglesia y el hecho de haberla usado los Apóstoles según señala San Agustín en su Epístola LXXXII¹⁶ hicieron que se prefirieran las antiguas versiones prejeronimianas y que se levantaran grandes protestas contra la nueva versión de San Jerónimo, distinguiéndose de manera especial San Agustín, quien una y otra vez insiste rogándole que desista de su tarea y que se dedique, en cambio, a revisar las antiguas versiones.

En algunos sectores cristianos se recelaba incluso de la formación bíblica de San Jerónimo por considerarla no sólo muy influida, sino incluso apegada en exceso al judaísmo, en buena parte por haber sido adquirida bajo dirección y magisterio rabínicos. Esa formación explica su alta estima por las tradiciones rabínicas y también un aspecto muy importante para nosotros desde el punto de vista de la traducción: la notable influencia del *targum* arameo en San Jerónimo y la utilización asimismo de las versiones griegas de Aquila y Símaco. Todo ello contribuyó sin duda a su poco aprecio por los deuterocanó-

nicos, cuya versión de Septuaginta se limitó a adoptar y retocar. Señalemos, por otra parte –y a nuestro modo de ver en contraste con lo anterior– que a San Jerónimo se le ha criticado a veces el relieve que dio a varios pasajes mesiánicos. E insistiendo en nuestro punto de vista de la traducción, señalemos la alta calidad de esta versión jeronimiana, una de las mejores obras culturales de la antigüedad gracias a su latín sencillo y elegante a la vez y que se distingue por su fluidez y claridad.

Procede dejar constancia de que las antiguas versiones prejeronimianas latinas sobrevivieron bastante tiempo al triunfo de la Vulgata y que este pervivir largo tiempo de la *Vetus Latina* junto a la Vulgata fue causa de mezcla entre unos textos y otros, creando serios problemas de crítica textual, por ser difícil a veces discernir en algunos códices qué se debe a la Vulgata y qué a las antiguas versiones. Pero, gracias a esta tenaz resistencia, se nos han conservado numerosos textos de las antiguas versiones prejeronimianas que de lo contrario se habrían perdido para siempre.

Hablar de la Vulgata en nuestra revista *Hieronymus* invita a explayarse acerca de esta monumental obra de la traducción y acerca de su artífice San Jerónimo. La Vulgata es esencialmente, en efecto, obra de San Jerónimo, un hombre santo, juicioso y ecuanime, y dotado de una voluntad de hierro, gracias a la cual llegó a conocer perfectamente el hebreo y el griego. Consciente del serio problema que para la Iglesia de Occidente suponía la pluralidad de versiones latinas de la Biblia empleadas en su tiempo, y animado por nuestro gran papa español San Dámaso, hacia el año 382 emprendió esa magna empresa de una revisión de toda la Biblia latina. Y como la dificultad no estaba sólo en los textos latinos, sino también en los griegos de Septuaginta, cuyos manuscritos diferían de un país a otro, decidió luego proceder a una nueva versión latina de los libros protocanónicos del Antiguo Testamento a base no ya de Septuaginta, sino directamente del texto hebreo, traducción que tiene un valor excepcional, entre otras razo-

¹⁶ N^o 35. Véase Migne: «Patrología Latina» XXXIII, p. 291.

nes por ser una versión del texto hebreo premasorético, hecha en su edad madura por un hombre santo, juicioso y ecuánime, que conocía perfectamente el hebreo (lengua de origen) y también el griego, y que dominaba el latín (lengua a la que vertía), y que disponía además y supo muy bien utilizar un copioso y valiosísimo material (en hebreo, griego y latín) del que nos parece poseer un mundo cuando disponemos nosotros de algún resto mutilado, carcomido, sucio y borroso, en el que incluso nos esforzamos a veces en tratar de adivinar qué pudo escribir el copista.

V. LAS POLÍGLOTAS

Las hexaplas

A principios del siglo III concibió Orígenes la idea de establecer el texto crítico del Antiguo Testamento. Y para ello emprendió en Alejandría la tarea de elaborar sus famosas «hexaplas», disponiendo el texto bíblico en seis columnas. En la primera figuraba el texto hebreo; en la segunda, el mismo texto hebreo, pero transcrito en caracteres griegos; en la tercera, la versión griega de Aquila; en la cuarta, la de Símaco; en la quinta, la de Septuaginta; y en la sexta, la de Teodoción. ¡Magnífico para la historia de la traducción: un texto en su lengua «original», junto con su transcripción, y acompañado en otras cuatro columnas de otras tantas traducciones a la misma lengua! Con ello resultaba fácil comparar y contrastar esas cuatro versiones griegas entre sí y con el texto hebreo del que habían sido traducidas. Cosa de suma importancia desde el punto de vista de la historia de la traducción, mereciendo además destacarse que en la versión de Septuaginta introdujo Orígenes unos signos discríticos con los que pretendía marcar y hacer resaltar las variantes de Septuaginta con respecto al texto hebreo. Desgraciadamente, de esta obra trascendental (aunque inacabada) de crítica textual antiguotestamentaria emprendida por Orígenes sólo nos quedan algunos

fragmentos que, sin embargo, podemos considerar como auténticos tesoros.

Pero no dejaremos de señalar que San Jerónimo no sólo pudo disponer de tan precioso material, sino que lo supo utilizar con maestría y habilidad en la elaboración de su versión latina.

Las grandes Biblias políglotas de los siglos XVI y XVII

A principios del siglo XVI, cuando la imprenta en Europa contaba poco más de medio siglo, concibe el cardenal Cisneros la genial idea de editar una Biblia políglota. De 1514 a 1517 un grupo de doctos escrituristas y filólogos preparan y elaboran en Alcalá de Henares, a base de muy valiosos manuscritos, la edición de esta obra extraordinaria del Renacimiento español, que en cinco voluminosos tomos fue puesta a la venta en 1522.

Medio siglo más tarde, de 1569 a 1573, y bajo la dirección de Benito Arias Montano se prepara y ve la luz en los Países Bajos, vinculados entonces a España, la magnífica Biblia Políglota de Amberes (Bélgica), en ocho tomos.

Estimulado por el éxito de estas dos obras inmortales de nuestro Renacimiento español y acuciado por la idea de querer colaborar en el cultivo de los estudios bíblicos en un siglo en el que así en el campo católico como en el protestante se dedica especial atención a estos estudios y se multiplican las traducciones de la Biblia a las lenguas modernas, el oratoriano francés Morin emprende la tarea de una nueva Biblia políglota, conocida como la Políglota de París, elaborada de 1629 a 1645, en diez tomos.

Poco tiempo después, entre 1654 y 1657 ve la luz en Londres la más completa de las Biblias políglotas de esa época: la de Brian Walton, conocida también como Políglota Londinense, en seis tomos, acompañada de un útil *Lexicon heptaglottum* en apéndice, y de la que en 1958 apareció en Graz una reproducción fotomecánica.

De gran importancia para nosotros, desde el punto de vista de la traducción, es la característica de estas políglotas de ofrecer tra-

ducción interlineal en latín de los textos no latinos.

Biblias políglotas contemporáneas

Mucho más modestas, pero también muy útiles las dos biblias políglotas editadas a finales del siglo XIX y principios del XX.

La protestante de Bielefeld, por R. Stier y K. Theile, en ocho tomos, en 1890.

La católica de F. Vigouroux, en ocho tomos, publicada en París de 1898 a 1906, en hebreo, griego, latín y francés, y con unas notas muy valiosas.

La Biblia Polyglotta Matritensia

Aunque no tenga relación tan directa con la problemática de la traducción, resulta obligado citar al menos nuestra *Biblia Polyglotta Matritensia*. Iniciada en 1950 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en colaboración en un principio con la Biblioteca de Autores Cristianos. Aún en elaboración.

Concebida con miras a la edición crítica en 10 series distintas y por volúmenes separa-

dos de los textos hebreo (volumen I), griego (Nuevo Testamento: volumen II; Septuaginta: volumen III), arameo (Targum Palestinense: volumen IV; Targum de Onquelos y Targum de Yonatán: volumen V), siríaco (Antiguo y Nuevo Testamento: volumen VI); latino (Vetus Latina: volumen VII; Vulgata Hispana: volumen VIII); copto (Nuevo Testamento: volumen IX); y español (volumen X).

A MANERA DE EPÍLOGO

De acuerdo con el título de este artículo nos hemos venido refiriendo a las antiguas versiones bíblicas, y de manera especial a las griegas y latinas, con alguna referencia a las arameas y a las siríacas

Dada el enorme interés de las traducciones bíblicas así antiguas como modernas para la historia de la traducción, tenemos intención de consagrar distintos estudios a este tema, sin olvidar uno especial consagrado a la figura de San Jerónimo como traductor de la Biblia al latín.